

LA DESPOBLACIÓN EN ARAGÓN EN PRIMERA PERSONA



Calles vacías en Villarroya del Campo. MACIPE



La localidad de Daroca. MACIPE



El alcalde de Orcajo, Pedro Luis Aparicio. MACIPE

«Veo difícil que mis hijas tengan un porvenir aquí»

REPORTAJE

Alcaldes y concejales de la Comarca Campo de Daroca advierten de que la situación está «al borde del colapso» tras años marcados por la pérdida de población e industria

Es tarde de invierno y aunque con tiempo casi primaveral, las calles de muchos municipios de la Comarca Campo de Daroca presentan la misma estampa: el vacío. Las que antes bullían, ahora respiran silencio. Es el caso de Orcajo y Villarroya del Campo, localidades en las que actualmente hay censados 59 y 68 vecinos, respectivamente.

Para Pedro Luis Aparicio, alcalde de Orcajo, la situación está «al borde del colapso». «El problema no es solo reindustrializar la zona. Agricultores jóvenes hay muy pocos», lamenta, al tiempo que subraya que «muchas personas que se han ido a las ciudades podrían

haber tenido un porvenir de haber más oportunidades». En este municipio, la escuela cerró hace tiempo. Sí conserva un centro social a modo de bar que entre semana abre por las mañanas.

«Queremos hacer un albergue y un bosque sensorial, pero no solo tiene que haber un enfoque turístico», puntualiza. También carga contra el centralismo de Zaragoza: «Es abusivo. Toda la administración está allí y se dan incentivos, como el del transporte público, que influyen en que la gente se empadrene allí». «Las mayores dificultades son las tecnológicas, la cobertura de móvil e internet. No abundan las compañías que den un buen servicio en el medio rural», critica.

A 26 kilómetros de Orcajo, pasando por la cabecera comarcal, se encuentra Villarroya del Campo. Allí tampoco hay escuela, y los dos niños en edad escolar van a Villarreal de Huerva. «Veo negro hasta que mis hijas tengan un futuro en Daroca», sentencia Mariano Abián, concejal de Villarroya y agricultor. Él tiene 45 años



Mariano Abián (abrigo amarillo) y José Ignacio Herrero, en Villarroya del Campo. MACIPE

y José Ignacio Herrero, teniente de alcalde, 52. «Y somos de los más jóvenes que estamos aquí», apunta el segundo, que compagina su labor con la agricultura.

«Solo hay dos fábricas y si hubiera más industria, la gente no se iría, se mantendría. Pero no hay y eso implica que no haya gente, tiendas...», va dibujando con pesimismo Abián. «Es una cadena», explica Herrero. En su caso, asume resignado que no

tendrá relevo generacional: «La agricultura es un trabajo sufrido y te tiene que gustar, y, a pesar de las ayudas y de la PAC, cada vez hay menos facilidades», apunta.

El maltrecho estado de los precios del campo es otra losa para estos municipios. Abián lo sintetiza en una sencilla ecuación de mal resultado: «Antes, con un kilo de cebada comprabas tres de abono y ahora, con tres de cebada no da para comprar uno de

abono». «Las instituciones tienen que unirse y ayudar. Si no, no hay remedio», remarca Herrero.

Avanza la tarde y los rayos de sol caen con menos intensidad. La comarca de Daroca también vive su particular ocaso pendiente del apoyo institucional. «Aún queda algún rayo de esperanza», asegura Aparicio. Pese a las dificultades, Daroca y sus pueblos se resisten a que no vuelva a amanecer.

J. Z.

EL APUNTE

Luis Antonio Sáez

Amores son buenas razones

Campo de Daroca convocó ayer una importante manifestación. Experimenta desde hace décadas una intensa despoblación, sin duda un factor limitativo de su bienestar. Es cierto. Pero no lo es todo. Una cifra tiene que expresarse en porqués y cómo para ser un dato. Una manifestación movilizadora, da notoriedad. También es cierto. Pero los eslóganes riman certezas, cuando son las dudas desatadas las que germinan proyectos.

Vivimos un tiempo en que la indignación es un fin en sí mismo, de catarsis colectivas y aplausos con eco. Pero sin acción transformadora, (auto) crítica, solo encharca desencantos. Es lo habitual y reiterado. Por eso, valles con tantas flores en sus ojales, arcillas que sangran trigo, torres mudéjares que rematan entre tejados y grullas en formación de ataque, merecen mensajes matizados. La queja ha de ligar razones para que estas manifestaciones aprecien que el invierno pasó y, sin darse cuenta, está empezando un tiempo nuevo y una nueva economía.

Al abrir sus estadísticas se ven brotes y pétalos como en sus almendros de marzo. Desde 2010 se ha creado empleo neto, baja en la construcción pero multiplica en servicios cualificados y crece un 10% el agrario, vinculado al territorio e impulsor de una agroindustria innovadora. Tam-

bién, el número de extranjeros es casi un 20% más, porque su mercado laboral tiene buen sustrato. Y es que la disminución de población, siendo importante, es menor que la de la subvencionada Jiloca, tierra hermana, nunca rival. En todo caso, envejecer con una longevidad de las más altas del planeta rejuvenece los años. Además, la población vinculada, numerosa, siempre aparece en fechas señaladas.

Ayer se pedía en pancartas políticas y mercados, fiscalidad, infraestructuras y emprendimiento. Pueden ser importantes, cierto. Pero el afecto de siempre, el amor a Daroca talentoso y emotivo, es imprescindible, silencioso en sus obras y buenas razones, incondicional todos los ratos. Es preciso también contarlos.

Director de la cátedra sobre Despoblación y Creatividad de la Universidad de Zaragoza